

‘Méxodo’ de inmigrantes con altos ingresos a Texas

En el fraccionamiento Dominion, muchas familias mexicanas adineradas viven al estilo club campestre. Su influencia en San Antonio se compara con la de los cubanos ricos que huyeron a Miami decenios atrás.

Molly Hennessy-Fiske, *Los Angeles Times*, 24 de marzo de 2013 ¹

SAN ANTONIO - Empresarios mexicanos de relojes Rolex y corbata Burberry se citan al norte de la ciudad, en el Restaurant *Cielito Lindo* o en los nuevos clubes campestres vecinos. Sus esposas frecuentan Neiman Marcus, Tiffany y Brooks Brothers en el centro comercial cercano. Sus hijos estacionan Porsches con placas mexicanas en el parqueo para estudiantes de la Escuela Secundaria Reagan.

Son parte de una ola de inmigrantes mexicanos legales que han pasado por alto el debate nacional sobre cómo hacer frente a sus mayoritariamente depauperados compatriotas ilegales. Compelidos a irse al norte debido a la violencia de los cárteles de drogas, han pagado miles de dólares para contratar abogados y obtener visas de inversionista para ellos y sus familias (servidumbre doméstica inclusive). Se han reagrupado en fraccionamientos cerrados en varias ciudades de Texas, donde su creciente influencia se ha comparado con el impacto de los refugiados cubanos adinerados que llegaron a Miami decenios atrás.

En ninguna parte la evidencia sorprendente más que en San Antonio, la segunda ciudad de Texas en tamaño, que representa un corto salto ascendente a la elite desde Monterrey, México, donde muchos de los nuevos inmigrantes construyeron su riqueza. Han invertido en desarrollos residenciales con nombres como Dominion, Stone Oak y Sonterra, edificados en cortes a tajo de las colinas rocosas y bosques de roble al norte de la carretera Loop 1604, que circunda la ciudad.

Más de 50,000 ciudadanos mexicanos viven ahora de forma permanente en San Antonio, dicen funcionarios urbanos, y han convertido el lujoso enclave conocido como “Sonterrey” o “Pequeña Monterrey” en la segunda zona postal de la ciudad por número de habitantes.

La agente inmobiliaria Ana Sarabia atiende a los recién llegados. Establece contacto con ellos mediante abogados de inmigración, escuelas nuevas, bancos y empresas de alquiler de oficinas, y observa como replican el esquema de su ciudad natal.

“Puedo ver su transición —dijo Sarabia, de 45 años, quien vivió durante un tiempo en la Ciudad de México—. Ésta siempre ha sido una ciudad bicultural. Sectores de ella se han convertido en un nuevo México”.

1. <http://www.wvbusinessworld.com/news/2013/mar/28/the-mexodus-wealthy-business-savvy-immigrants/>

He aquí a Lorena Canales, de 40 años, quien se mudó de Monterrey con sus dos hijos menores hace dos años y medio para inaugurar una guardería bilingüe después de ser testigo de un tiroteo frente a su local, adjunto a un Walmart.

Con su esposa e hijo de tres años de edad, Uriel Arnáiz, de 40 años, se trasladó de la ciudad de México hace cuatro años para abrir un negocio de importación de tequila de alta calidad después que algunos de los amigos de su hijo fueron secuestrados.

José Ramos, de 55 años, se mudó hace dos años de Monterrey para abrir *Vida Mía*, su restaurante, después que secuestraron y asesinaron a un miembro de su familia.

No está claro si las nuevas políticas de inmigración que Washington prevé afectarán a este grupo de inmigrantes ricos, que se saltan las colas de los trámites de inmigración mediante la contratación de abogados en México para solicitar visas relacionadas con empresas en los consulados de EE.UU.

La mayoría de ellos tuvo que demostrar que fueron empleados de una empresa multinacional o bien, que emprenderían un negocio legal y disponían de suficiente dinero para instalarlo. Algunos tuvieron que demostrar que contaban con inversiones en EE.UU. de cientos de miles de dólares. Muchos se mudaron en cuestión de semanas, aunque para algunos el proceso se ha vuelto más difícil en los últimos años, bajo escrutinios más severos en los consulados estadounidenses.

Los costos varían según el tipo de visa. En muchos casos, sale más barato de lo que les cobraría un pollero por un cruce de la frontera ilegal. Los honorarios del abogado pueden variar de 1,500 a 6,500 dólares, en comparación con los del coyote, de 6,000 o más.

La visa inicial de Arnáiz le permitió permanecer en EE.UU. hasta un año. Fue capaz de renovarla, trámite necesario bienalmente durante los primeros siete años si la intención es quedarse. Su esposa e hijo pudieron obtener visas por el mismo período (hijos menores de 21 años gozan de ese beneficio). Si permanecían en EE.UU. con tales visas, podrían obtener la residencia permanente o tarjeta verde, la cual recibieron en los meses recientes.

“Hay un montón de requisitos —dijo Arnáiz—. “Necesitas tener un proyecto de veras, y que sea sustentable”.

Las visas para profesionales previstas en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte son relativamente baratas y se obtienen pronto, dijeron algunos, mediante un abogado, cuyos honorarios van de 1,500 a 3,000 dólares.

Durante el último decenio, el número anual de estas visas emitido a mexicanos se disparó de 686 a 7,601, según el Departamento de Estado.

Los recién llegados, apodados “migrantes fresas” o migrantes ricos destacan incluso en esta

ciudad, en gran parte latina. Los sociólogos comparan el “Méxodo” de profesionales a la ola de exilio que huyó a Texas durante la Revolución Mexicana en 1910, o a los cubanos ricos que se largaron al sur de la Florida después del triunfo de la revolución, en 1959.

Henry Cisneros, ex alcalde de San Antonio y secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano, cuyo abuelo se exilió a San Antonio durante la Revolución Mexicana, los llama “nueva diáspora con potencial que compite con el impacto que los cubanos tuvieron en Miami”.

Harriet Romo, profesora de sociología y directora del Centro de México de la Universidad de Texas en San Antonio, ha estudiado una docena de familias mexicanas que emigraron mediante de visas de inversionista.

“Lo que estamos viendo es que se mudan a una especie de nuevo enclave mexicano —que no es un barrio como el que se ve al este de Los Ángeles o al oeste de San Antonio. Es un barrio mexicano de alto nivel que organiza fiestas en el club campestre”, dijo.

Romo descubrió que los nuevos residentes no se mezclan mucho con los inmigrantes mexicanos de bajos ingresos ni con los mexicano-americanos, los tejanos que contribuyeron a construir San Antonio. En vez de eso, se empeñan en “cambiar la imagen de los inmigrantes —dijo—. Según ellos, encarnan una experiencia muy diferente, ya que vienen con visas oficiales y más recursos.”

Sandra Cisneros, escritora oriunda de Chicago que ha vivido en San Antonio durante casi 30 años, dice que el flujo de inmigrantes ricos “constantemente renueva los lazos” con México y ha cambiado el carácter de la ciudad, que durante mucho tiempo se consideró un pequeño pueblo y ahora tiene una población de alrededor de 1.4 millones de habitantes.

Julián Castro, mexicano-americano, alcalde de San Antonio y estrella ascendente en el Partido Demócrata, quien ha cruzado la frontera para reclutar negocios, dice que espera que los recién llegados se queden.

“Mi esperanza es que echen raíces firmes, se conviertan en ciudadanos estadounidenses y participen plenamente en la comunidad” —dijo.

El número de pasajeros internacionales que viaja al aeropuerto internacional de San Antonio aumentó 132% el año pasado respecto al año anterior, y el aeropuerto ha añadido dos nuevas compañías aéreas que viajan a México.

Las escuelas de vuelo están luchando para satisfacer la demanda de pilotos mexicanos, cuyos jets privados llenan las pistas de aterrizaje del sur de Texas.

Pepe Hurtado dice que muchos de los clientes de su negocio de automóviles de lujo en San Antonio guardan sus coches en hangares del aeropuerto cuando regresan a México.

Vehículos con placas de los estados mexicanos de Nuevo León y Coahuila llenan también los estacionamientos norteños de *Life Time Fitness*, la iglesia católica de la Santísima Trinidad y la tienda de comestibles HEB.

“Definitivamente, usted puede verlo y sentirlo. Hay veces que voy a HEB y sólo escucho español”, dijo Sylvia Orduña, de 33 años, quien trabaja en una elegante empresa de cosméticos que mantiene la estabilidad del negocio gracias a los nuevos residentes mexicanos.

Pamela Gardner, de 61 años, quien ha vivido un decenio en el fraccionamiento Sonterra, ha notado que muchos de los nuevos vecinos en los últimos años son mexicanos.

“Esto tensa las escuelas”, dijo Gardner, quien observa que algunas escuelas han sido “copadas”, y resultan inaccesibles para nuevos estudiantes. Su hija —dijo—, subdirectora de una escuela local, tuvo que añadir al plan de estudios el Inglés como segundo idioma, debido a que muchos estudiantes hablan sólo español.

“Uno se siente mal por los maridos, porque se van durante la semana; vienen los fines de semana y tienen que regresar. Es triste”, dijo, refiriéndose a quienes viajan para trabajar en México.

Los recién llegados se instalan en Sonterrey porque oyen de sus amigos que las escuelas públicas son altamente calificadas, tienen relaciones de negocios en la zona y en México ven anuncios espectaculares que promueven los barrios cerrados. Algunos tienen dificultades para adaptarse, en particular mujeres y niños acostumbrados a disponer de cocineros y choferes.

“Estamos acostumbrados a que nos sirvan todo”, dijo Arnáiz, cuya esposa consigue dos sirvientes fijas para un ama de casa mexicana estadounidense que viene dos veces por semana.

“Es por eso que aquí se ve gran cantidad de mexicanos con sus criadas —dijo—. Estando aquí sin ayuda doméstica es diferente, altera la dinámica familiar”.

Canales, madre regiomontana, dice que sus hijos tuvieron que adaptarse a vivir sin criada ni padre durante la semana. Pero —dice—, la compensación es que pueden andar en bicicleta y escuchar a otros niños jugar afuera, un ruidoso placer que no habían disfrutado durante años en Monterrey, donde vivían detrás de altos muros y ventanas enrejadas.

“Tuvimos vecinos cuyos hijos fueron secuestrados y nunca volvieron”, dijo.

Pero en Sonterrey, como en México, las rejas no garantizan la protección contra los cárteles.

El año pasado, a Fernando Alejandro Cano Martínez, uno de los vecinos de Arnáiz recién llegados, lo acusaron de lavar dinero para el cártel del Golfo. A dos hermanos suyos en

Guadalajara los acusaron de invertir en residencias y empresas al otro lado de la frontera con dinero del cártel, que le financió su Learjet, un restaurante italiano y otras inversiones.

“Estamos viendo lavar dinero como si aquí fuera un segundo Miami, con envíos de dinero y transferencias bancarias de organizaciones internacionales”, dijo Michael Lemoine, agente especial del Servicio de Recaudación de Impuestos de San Antonio.

No está claro qué tan permanentes sean el nuevo enclave y sus problemas. Muchos residentes observan si el recién electo presidente mexicano frena la violencia de los cárteles lo suficiente para que se sientan seguros de regresar a México.

Ramos, el dueño del restaurante, es uno de los que debaten la opción de volver a México. En un principio, la transición le costó trabajo a su hija Mayela, pero cuando decidió que se quedaban, ella estuvo de acuerdo.

En medio del tráfico de la hora del almuerzo, en el restaurante, mientras un grupo de damas mexicanas con costosos bolsos de exclusivo diseño mordisqueaban su fideo mexicano y conversaban en español, Mayela Ramos, de 26 años, dijo: “¿Cuándo vuelves? —me preguntan todos mis amigos—, pero nuestra vida está aquí y ahora”.